

La crisis mexicana de 1994

RICARDO MURILLO GONZÁLEZ

Las causas a que se adjudican las crisis pueden variar según el tipo de análisis y el punto de vista que se adopte; además, las crisis no son sólo el efecto de muchas causas, también pueden convertirse en una causa. En México las crisis no se deben exclusivamente a causas exógenas ni endógenas, sino a una combinación de ambas. Al país ya se le había llamado "el gigante fracasado" desde antes de la crisis de 1994; de hecho, después de la segunda guerra mundial creció en forma sostenida durante 25 años a una tasa de 6.5 por ciento, mayor que el crecimiento de los *tigres asiáticos*. Sin embargo, el "milagro" se disipó porque la economía simplemente se atascó; la causa más sobresaliente e inmediata de ello fue la caída del precio internacional del petróleo, dado que gran parte del crecimiento se debía a las exportaciones, que generaban más o menos 500 mil millones de dólares (Spencer, 1990: 718). Lo peor fue que la explotación del petróleo se había financiado con dinero prestado y, para recuperarlo, el país tenía que hacerse aún más dependiente de Estados Unidos, que entraba en recesión. La situación fue tan grave que México se convirtió en el primer país latinoamericano que declaró la moratoria

en sus pagos de deuda en 1982 (Otero, 1996: 6).

Sin embargo, la crisis de 1982 no se puede atribuir sólo a factores externos. La economía mexicana tenía muchos problemas de eficiencia; México desarrollaba su economía interna con base en la política de sustitución de importaciones, basada a su vez en la teoría dependencista que plantea que los países desarrollados siempre están tramando cómo explotar a los países en vías de desarrollo y es necesario independizarse de ellos para ser más libres y, por lo tanto, desarrollarse mejor. Siguiendo este modelo, México se encerró dentro de sus fronteras con altas tarifas y cuotas, lo cual aumentaba los precios internos artificialmente y creaba un incentivo para que las industrias nacionales produjeran poco y de mala calidad con una alta participación del gobierno, mientras que los *tigres asiáticos*, que eran pobres en recursos naturales pero ricos en recursos humanos, adoptaban un modelo de libre mercado con muchas grandes empresas privadas y con intervenciones clave y ordenadas por el gobierno para apoyar un objetivo: enfrentar una competencia feroz en el mercado mundial. Otro problema en México

relacionado con el anterior era la ineficiencia del sector agropecuario, sobre todo porque la producción estaba muy influida por el sistema ejidal, que abastecía al 40 por ciento del mercado nacional (Spencer, 1990: 719).

En ese tiempo, al gobierno de México no le preocupaba entrar en negociaciones serias sobre la calidad de sus productos, especialmente cuando se descubrieron nuevos yacimientos de petróleo a fines de la década de los setenta y en los primeros años ochenta; se suponía que el oro negro era la medicina que curaba todo mal, pero sólo retrasó la caída del modelo de sustitución de importaciones.

Bajo el modelo descrito, México agotó su agricultura, sus ingresos petroleros, y aumentó sus deudas para subsidiar un proceso de industrialización proteccionista, por lo que tenía que encontrar nuevas formas de alcanzar el crecimiento económico (Otero, 1996: 7). Así, la crisis de 1982 se convirtió en un efecto, dado que gracias a ella se transformó gran parte de la economía, así como la política para poder enfrentar los problemas provocados por la propia crisis. Dicha política fue ideada por

El autor es alumno de la maestría en Economía del Centro Universitario de Ciencias Económico Administrativas de la Universidad de Guadalajara.

mexicanos y por el Fondo Monetario Internacional, influenciados por la filosofía del neoliberalismo, que pretende disminuir –no acabar, como muchos piensan equivocadamente– la influencia del gobierno para dejarle su lugar al mercado.

México empezó rápidamente a abrir sus fronteras, redujo las tarifas y eliminó muchas cuotas arancelarias; ello le permitió integrarse al GATT en 1986 y le permitió el ingreso de numerosas industrias extranjeras, sobre todo maquiladoras, sector que se convirtió en el tercero más grande del país en 1988. Otro punto importante fue que redujo el tamaño del gobierno al privatizar varias de sus empresas y dejó de dar preferencia a las ineficientes como Aero-méxico.

Con base en estas políticas, el país se convirtió en exportador neto de capitales –hasta el acuerdo de deuda en 1990 (Gil-Díaz, 1996: 3)– y altamente abierto, porque entonces casi no se requerían permisos para importar (Otero, 1996: 7).

La administración de Carlos Salinas, en 1988, no cambió mucho el proceso iniciado por su predecesor, pero sí modificó el ritmo. La reestructuración de Pemex, las reformas agrarias para acabar con la ineficien-

cia del ejido, la disminución de la inflación –que llegó a 7 por ciento en 1994–, más otras políticas que buscaban acabar con los aranceles, aumentar sustancialmente las reservas extranjeras y negociar el Tratado de Libre Comercio, eran medidas encaminadas a que México se convirtiera en un país del primer mundo.

Muchos autores consideran que después de la crisis de 1982 no sólo se necesitaba disminuir los aranceles, sino también crear un mecanismo para que los beneficios se distribuyeran entre los países. Un lema del comercio internacional dice que “*siempre es mejor permitir el comercio y compensar a quienes resultan perjudicados*” (Krugman, 1996: 68), pero el gobierno no supo o no quiso hacerlo y en 1994 el 10 por ciento de la población más rica del país controlaba el 39 por ciento del ingreso total, 6 por ciento más que en 1984 (Tello, 1990: 48). En cambio, el 10 por ciento más pobre tuvo una disminución en el mismo periodo de 1.72 a 1.58 por ciento. Los ingresos de muchos asalariados eran 10 por ciento menores que en los años ochenta, y en promedio el 63 por ciento de la población ganaba sólo 200 dólares al mes; esto, obviamente, trajo consecuencias en el bienestar.

Se podría decir que el modelo neoliberal había fracasado, pero se debe ser muy cauto al respecto. El presidente Salinas sólo adoptó las ideas neoliberales que le convenían para fortalecerse en el poder (Otero, 1996: 12-14); algo que no plantea directamente el neoliberalismo, cuyo objetivo es disminuir la concentración del poder, no aumentarla.

El presidente Salinas estaba convencido de que con la llegada de capitales extranjeros y el Tratado de Libre Comercio el problema se solucionaría poco a poco por sí solo. Su estrategia frente a un cúmulo de dificultades políticas y económicas era sencilla: libre comercio con Estados Unidos (Castañeda, 1993: 73). Sin embargo, ese momento no llegó, ni ha llegado. Quienes abogaron firmemente, con Salinas, a favor del Tratado de Libre Comercio tenían varias justificaciones: sustentar el desarrollo, eliminar trabas al comercio y, por lo tanto, acabar con el modelo de sustitución de importaciones y darle más certidumbre al inversionista extranjero (Callicó, 1995: 12-13).

No cabe duda de que eran muy altas las expectativas no solamente por el documento, sino por todo el proceso de apertura de México al exterior. De hecho, el secretario de Comercio y Fomento Industrial pensaba que “la creación de una zona de libre comercio entre México, Canadá y Estados Unidos constituye una estrategia más para apoyar el proceso de modernización económica del país. Es una estrategia que satisface las exigencias internas del desarrollo y responde, cabal y adecuadamente, a la nueva realidad internacional” (Serra Puche, 1996: 6). Sin embargo, la formación de capital en la industria no fue muy significativa, sólo 2 por



ciento entre 1982 y 1995, y la producción manufacturera no alcanzó ni siquiera la tasa de crecimiento promedio de la población.

En suma, México entró al proceso de globalización no tanto como una estrategia para tomar nichos del mercado internacional, como lo hicieron los tigres asiáticos, sino como respuesta a los problemas causados por la crisis de 1982. Algunas de esas políticas en favor de la globalización y antiinflacionarias tuvieron fruto, pero desde el comienzo hubo señales de que la economía social andaba atrasada.

Al examinar a fondo los orígenes inmediatos de la crisis de 1994 es posible advertir que el problema era la inversión extranjera, que se consideraba la panacea de la economía. El presidente Salinas fue un excelente negociador que logró ganar la confianza necesaria para que ingresaran al país capitales extranjeros por casi 91 mil millones de pesos entre 1990 y 1993; pero la inversión directa sólo alcanzó un tercio de lo anterior, y el resto se concentraba en inversiones de corto plazo. El problema fue que gran parte de la inversión de portafolio no se pudo utilizar para el crecimiento de la economía y más bien alimentó la pérdida de ahorro interno, que disminuyó de 22 a 16 por ciento del producto interno (*The Economist*, octubre de 1995: 5).

Entre 1993 y 1994 la situación del ahorro no cambió: el ahorro público disminuyó y el privado aumentó levemente; pero cuando las tasas de interés en Estados Unidos aumentaron se desalentó la inversión en México. Lo anterior, junto con las tensiones políticas y el levantamiento de los zapatistas en Chiapas, no dejó otra alternativa que aumentar las tasas de interés (OCDE, 1995: 557).



En 1994 el crecimiento volvió a tomar su curso después de un crecimiento de casi cero en 1993; asimismo, las expectativas de crecimiento del consumo e inversión volvieron a tomar un ritmo positivo, por lo que se esperaba que el aumento en el consumo diera un impulso al empleo, sobre todo en el sector de bienes y servicios.

Algunos estudiosos piensan que el crecimiento de muchas variables —principalmente el producto— no aumentaron porque México, como Nueva Zelanda a principios de los años ochenta, estaba en un proceso de reestructuración tan profundo que necesariamente necesitaba tiempo para acomodarse. Además, a principios del 1994 existía la expectativa de que la reestructuración estaba dando resultados, puesto que empezó a subir nuevamente la tasa de empleo en algunos sectores, sobre todo en las maquiladoras. En pocas palabras, es posible que si no hubiera habido ni asesinatos ni levantamientos, la crisis no hubiera existido o tal vez hubiera sido sólo una pequeña etapa de transición (OCDE, 1995: 562-564).

Otro dato importante es que el capital privado extranjero superaba

el monto del déficit en la cuenta corriente; de hecho, el Banco de México sostiene que el país era un buen ejemplo de lo que una nación debe hacer para crear un mercado sólido: todos sabían que México era muy atractivo para invertir. Sin embargo, inesperadamente todo se colapsó (Gil-Díaz, 1996: 6).

Algunos investigadores apoyan la versión del Banco de México en el sentido de que el déficit, el tipo de cambio y otras variables no determinaron en mayor medida el colapso, otros no están de acuerdo.

Este es el punto crítico de todos los análisis sobre la crisis de 1994. No existe acuerdo entre los analistas sobre las variables que tuvieron mayor impacto en el desencadenamiento de la crisis, no tanto por diferencias en la información, sino por las ponderaciones que cada uno le da.

Una de las afirmaciones más socorridas es que el déficit en cuenta corriente estaba fuera de control; algunos piensan que no debe pasar de 3 por ciento (*The Economist*, 1995: 5) y en México llegó a casi 8 por ciento en 1994; sin embargo, en realidad el porcentaje ideal de déficit en cuenta corriente en una economía puede variar con cada caso.

A diferencia de lo que sucede en una economía cerrada, una economía abierta que disponga de oportunidades de inversión rentables no tiene por qué incrementar su ahorro para materializarlas (Krugman, 1995: 380). Algunos países han podido sobrevivir bien con un déficit que tal vez sea elevado y otros se sacrifican demasiado por tenerlo bajo. Sin embargo, la palabra clave en la última afirmación es "materializarlas", porque "a veces grandes déficit en la cuenta corriente representan un elevado consumo presente como resultado de una desacertada política gubernamental o de un mal funcionamiento de la economía. Otras veces, los proyectos de inversión que utilizan recursos exteriores pueden estar mal planteados *al basarse en expectativas de futuro excesivamente optimistas*" (Krugman, 1995: 638). ¿Cuánto riesgo es capaz de correr un país subdesarrollado? ¿Es que el presidente Salinas tenía demasiada confianza o simplemente llegaba tanta inversión de corto plazo que no había manera de regresar la excedente sin causar graves turbulencias, especialmente cuando no existe un mecanismo para hacerlo eficazmente? No hay que olvidar que México se había convertido en el país que generaba mayor emisión de bonos de Latinoamérica (Latin Finance, 1994).

Otra hipótesis es que además existía un problema adicional al déficit: que el peso estaba sobrevaluado. El Banco de México lo niega y dice que una prueba tangible de ello es que las exportaciones se estaban incrementando. Sin embargo, hay que tener en cuenta que entre 1988 y 1994, si bien las exportaciones habían crecido 90 por ciento, las importaciones lo hicieron 160 por ciento; y

en 1994 el *spread*, es decir la varianza de riesgo entre los tesobonos y los cetes, era lo suficientemente grande para ver que la estabilidad económica del país podría estar en duda.

No es la primera vez que la suerte de México se juega en la decisión de devaluar y de cuándo debe hacerse. Entre 1971 y 1976 también se financiaba crecientemente con inversión extranjera; sin embargo, el 48 por ciento era inversión directa. "Aun durante los primeros años del gobierno de Echeverría el peso mexicano pudo mantener su paridad con el dólar [...] pero durante el último año los signos eran evidentes. La sobrevaluación que había aumentado cinco puntos de porcentaje entre 1973 y 1975, se disparó con otros doce puntos en la primera mitad de 1976, para llegar a 37.8 por ciento en agosto. La subsecuente flotación del peso hizo que su precio en dólares bajara más de la mitad, antes de estabilizarse finalmente en cerca del 60 por ciento de su valor anterior al terminar el año" (Reynolds, 1996: 671).

Quienes han tratado de predecir las crisis no son genios, ni mucho menos héroes; se han predicho muchas crisis y las han visto desatarse con impotencia, ello seguirá sucediendo mientras no haya un cambio que haga más responsables de sus acciones a quienes toman las decisiones.

Tal vez la decisión de devaluar debió haberse tomado desde 1993 para enfriar una economía sobrecalentada por el alto consumo y el mal manejo del mercado financiero. Ello quizá hubiera provocado fuga de algunos capitales y aumento en las tasas de interés, pero los inversionistas también podrían haber regresado, especialmente porque se habría de-

mostrado madurez en la política económica y no debilidad (lo hizo España durante la época del tratado de Maastricht y no pasó a mayores).

La crisis también causó muchos problemas fuera de México. En Latinoamérica, los inversionistas asustados querían salir de Brasil, Venezuela y Argentina, por ejemplo. Estados Unidos tuvo que poner en marcha el *Bail out* más grande de la historia, con 50 mil millones de dólares para parar el efecto dominó en las economías. A Europa no le satisfizo la manera en que se manejaron los fondos del FMI (*Le Monde*, 5 de febrero de 1995); además, surgieron dudas sobre otras economías, como la de Rusia, en el sentido de que tal vez iba en la misma dirección que la de México.

En suma, las decisiones de política económica que se tomaron después de la crisis de 1982 fueron benéficas, sobre todo porque México estaba muy atrasado en el proceso de globalización y el aparato gubernamental era obeso e ineficiente. Sin embargo, el proceso lo aceleró de manera inadecuada el presidente Salinas, quien pretendió que el eterno problema de la distribución del ingreso y el de la democracia se solucionarían por sí solos. El aceleramiento de las reformas económicas sin hacer reformas políticas causó un desfase entre la economía y el progreso social, lo que tuvo dos efectos relacionados: la dinámica de la economía alcanzó niveles vertiginosos que crearon una fragilidad potencial en la economía, y el atraso de la reforma política y social fue la semilla que provocó sucesos desafortunados, como la rebelión zapatista y los asesinatos políticos.

Si bien la crisis de 1994 fue causa de muchos de los problemas que el

país padece hoy en día, también debe verse su lado positivo: el Partido Revolucionario Institucional ya no pudo con esta crisis y finalmente su monopolio está llegando a su fin. Asimismo, a pesar de que el Tratado de Libre Comercio se firmó y está vigente, las condiciones de la econo-

mía han cambiado por la crisis. Es necesario reformarlo para que adquiera legitimidad y no sólo legalidad, ahora que existe un Congreso plural en México.

Según Castañeda (1993: 76), si son astutos los diferentes grupos de interés en México, sean agricultores o

ecologistas, podrían darle al tratado una cara más social. Dichas reformas, que irían de acuerdo con el proceso de globalización, podrían ser el inicio de una nueva era en la vida de los mexicanos para independizarse de esa política tradicional y vieja de un gobierno extremadamente pesado que cree tener todas las respuestas en cuestiones sociales y económicas.

Bibliografía

- Callicó López, Josefina *et al.*, *México, globalización, apertura y crisis financiera*. Centro de Estudios Estratégicos para el Desarrollo-Universidad de Guadalajara, Guadalajara, 1995.
- Castañeda, Jorge, "Can NAFTA change México", *Foreign Affairs*, septiembre-octubre de 1993.
- Dornbusch, Rudiger, *Expectativas económicas de México*, Centro Mexicano de Capacitación y Servicios Educativos, México, 1993.
- Gil-Díaz, Francisco y Agustín Carstens, *Some hypotheses related to the Mexican crisis*, Banco de México, México, 1996.
- Krugman, Paul, *Economía internacional. Teoría y política*, McGraw Hill, 1995.
- Latin Finance, *Mercados emergentes*, diciembre de 1994.
- OCDE, "Estudios económicos de la OCDE. México", *El Trimestre Económico*, núm. 248 (diciembre de 1995).
- Otero, Gerardo, *Neoliberalism revisited*, Westview Press, Boulder, Colorado, 1996.
- Quid 1995*, Editions Robert Laffont, París, 1995.
- Reynolds, Clark, "Por qué el desarrollo estabilizador de México fue en realidad desestabilizador", *El Trimestre Económico*, núm. 250 (abril - junio de 1996).
- Serra Puche, Jaime, *Conclusión de la negociación del TLC*, México, Secofi, 1992.
- Spencer, Milton, *Contemporary economics*, Worth Publishers, 1990.
- Tello, Carlos, "La economía mexicana: hacia el tercer milenio", *Nexos*, julio de 1996.
- The Economist*, "A survey of México", octubre de 1995.

EL TRIMESTRE ECONOMICO



COMITÉ DIRECTIVO: Alejandro Castañeda, Pablo Cotler, Raúl Livas, Rodolfo de la Torre. CONSEJO EDITORIAL: Edmar L. Bacha, José Bianco, Gerardo Bueno, Enrique Cárdenas, Arturo Fernández, Ricardo French-Davis, Enrique Florescano, Roberto Frenkel, Ricardo Hausmann, Alejandro Hernández, Albert O. Hirschman, David Ibarra, Felipe Larraín, Francisco Lopes, Guillermo Maldonado, Rodolfo Manuelli, José A. Ocampo, Joseph Ramos, Luis Ángel Rojo Duque, Gert Rosenthal, Francisco Sagasti, Jaime José Serra, Jesús Silva Herzog Flores, Osvaldo Sunkel, Carlos Tello, Sweder van Winjberger.

Director: Rodolfo de la Torre. Subdirector: Raúl Livas
Secretario de Redacción: Guillermo Escalante A.

Vol. LXIV (4)

México, Octubre-Diciembre de 1997

Núm. 256

ARTÍCULOS

- Serhan Çiftçioğlu** *La estabilidad a corto plazo de una pequeña economía abierta, con indexación del tipo de cambio*
- Alejandro Castañeda Sabido** *Investigación y desarrollo en empresas de varios proyectos*
- Luis A. Cabezas Vega** *Sustitución entre factores de producción y cambio técnico en la industria manufacturera peruana*
- Gonzalo Hernández-Licona** *Oferta laboral familiar y desempleo en México. Los efectos de la pobreza*
- Leonardo González** *Estimación de la demanda de vivienda: Tenencia y gasto en servicios. El mercado metropolitano de México*

COMENTARIOS BIBLIOGRÁFICOS: Carlos Javier Maya Ambia: Lester C. Thurow, *The Future of Capitalism. How Today's Economic Forces Shape Tomorrow's World*

EL TRIMESTRE ECONOMICO aparece en los meses de enero, abril, julio y octubre. La suscripción en México cuesta \$180.00. Número suelto \$60.00. Número suelto atrasado \$40.00. Oisquetes con el índice general (por autores y temático) de los números 1-244, \$26.00 (4.49 dls.)

Precios para 1998 (dólares)

| | Suscripciones | Números sueltos | |
|--|---------------|-----------------|-----------|
| | | Del año | Atrasados |
| Centroamérica y el Caribe | 70.00 | 20.00 | 10.00 |
| Sudamérica y España | 90.00 | 30.00 | 20.00 |
| Canadá, Estados Unidos y resto del mundo | 120.00 | 33.00 | 20.00 |

Fondo de Cultura Económica, carretera Picacho Ajusco 227, Col. Bosques del Pedregal, 14200 México, Distrito Federal. Suscripciones y anuncios: teléfono 227 46 70, señora Irma Barrón.